



ROMANCE TRAGICO DE DON JUAN ROSIQUE,

NATURAL DE LA CIUDAD DE TOLEDO.

Refiérese como cautivándole los moros, renegó de nuestra Ley, cautivando él después á su esposa é hijo; hasta que reconociendo su error, por intercesion de San Antonio de Padua, regresaron todos juntos á su patria: con lo demas que verá el lector.

Dulce Jesus de mi vida,
 Rey de los cielos y tierra,
 en cuya mano divina
 el universo se encierra,
 dame tu gracia, Señor,
 para que referir pueda
 con acierto á mi auditorio
 los milagros y grandezas
 de San Antonio de Padua,
 gloria del cielo y la tierra:
 y así todos los devotos
 de esta luz brillante, vengan
 á oír contar esta historia
 tan curiosa y verdadera.
 En el año que contamos

mil setecientos cincuenta,
 de la ciudad de Toledo,
 que es de su reino cabeza,
 por orden del gran Fernando,
 que nuestra España gobierna,
 se partió Don Juan Rosique
 con su esposa amada y bella,
 y un hijo suyo mancebo,
 que á quince años no llega,
 siendo el viaje y destino
 á la ciudad de Valencia.
 Al cabo de treinta dias
 que alli estaban, le presentan
 otra orden del Monarca,
 que á Cádiz diera la vuelta,

y á Cartagena de Indias
por Gobernador partiera.
En el Grao se embarcaron
en una nave francesa,
y con buen tiempo llegaron
á Cádiz, donde se apresta
para Indias, y embarcóse
Don Juan, quedándose en tierra
Doña Josefa, y su hijo,
hasta que les escribiera.
Un Domingo de mañana
dieron al viento las velas,
y el miércoles inmediato
una galeota encuentran
y tres fragatas de moros,
junto con dos caravelas,
y cercando el bergantin,
le pretendian por presa;
disparan los artilleros
diestramente y con certeza,
pero abordaron los moros
confiados en sus fuerzas;
animosos los cristianos
valientemente pelean.
causa que la mayor parte
de la gente feneciera.
Don Juan ya desesperado
en una fragata se entra,
y con su espada animoso
cortaba brazos y piernas,
hiriendo y matando turcos;
y el Arraez se le acerca,
diciendo: cristiano, amaina,
no fies tanto en tus fuerzas,
pues no puedes ya escaparte;
te juro por mi Profeta,
de que he de tenerte en casa
para mi guarda y defensa.
Don Juan respondió: señor,
ya estoy puesto á tu obediencia.
Llevaron á Argel la nave,
y contentó con su presa
Mostafá se fue á su casa,
y á su muger le presenta
el cautivo, y le decía:
como á mi persona mesma
has de tratar á este esclavo,
que es hombre de grandes prendas,

Hízole su mayordomo,
y la mora con finezas
agasajaba á Don Juan,
con cariños y ternezas,
y llegó hasta persuadirle
consintiese en sus torpezas;
y él por ser leal al turco,
como no correspondiera,
ella mas perdida entonces,
porque Don Juan la quisiera,
le dió muerte á su marido
desesperada y resuelta.
Pasados algunos dias,
un sábado por la siesta
salió Don Juan al jardin,
y sentado entre unas yedras,
Zayda que le iba siguiendo,
al instante se le acerca,
diciendo: mira cristiano,
lo que el amor atropella;
por tí he muerto á mi marido,
con que así, Don Juan, reniega,
y los dos nos casaremos,
gozarás toda mi hacienda,
vivirás muy aplaudido
de todos en esta tierra,
y saldrás con tus fragatas
á corso siempre que quieras.
era la turca agraciada,
discreta y de mucha hacienda;
con que Don Juan olvidando
los preceptos de la Iglesia,
condescendiendo á su gusto,
siguiendo la infame secta,
tomó el nombre de Audalá,
y así se casó con ella.
Dejándole con sus glorias,
vamos á Doña Josefa,
que pasado mucho tiempo,
como razon no tuviera
de su esposo, en una nave
que á Indias daba la vuelta,
se embarcó, y á pocos dias
cuatro fragatas encuentran
de moros, que el renegado
su marido las gobierna.
Pelearon los cristianos
mas de dos horas y media,

donde el hijo de Don Juan
dió de su esfuerzo tal muestra,
que dando muerte á diez turcos
con su cuchilla sangrienta,
al Capitan le alcanzó
una herida en la cabeza,
ignorando ser su padre,
como en tal traje estuviere,
y á no acudir muchos moros,
á sus manos feneciera.
Don Diego y toda su gente
fue preciso se rindieran,
porque eran los turcos muchos;
y el renegado se lleva
á su muger; y á su hijo
le dijo de esta manera:
aquí pagarás, cristiano,
tu atrevimiento y soberbia;
y á esta que le llamas madre,
en una mazmorra horrenda
la he de poner, porque acabe
su vida en grande miseria:
atado á su hijo á una noria,
como si fuera una bestia,
haciéndole sacar agua
para regar una huerta;
y á la afligida señora
en una mazmorra encierra,
sin llegar á conocer,
por divina Providencia,
ni á su muger ni á su hijo,
y en esta triste miseria
un mes les hizo pasar
hambre, trabajos y penas.
A trece del mes de Junio,
en que la Iglesia celebra
de San Antonio de Padua
con solemnidad la fiesta,
en la noche de rodillas
postrada Doña Josefa,
sacó del pecho una estampa,
y dijo de esta manera:
Padre mio San Antonio,
esta desvalida llega
á pedirlos la libreis
de aquesta gente perversa.
Rogadle al dulce Jesus
que me ampare y me defienda;

y quedándose dormida,
oyó una voz, que serena
le dijo: devota mia,
Antonio está en tu defensa.
Vamos á que el renegado,
durmiendo con su manceba,
vió un Frayle de San Francisco
entre sueños, que se llega,
diciéndole así: Don Juan,
ya la Magestad suprema
de Dios Todopoderoso
me envia, para que vengas
á los infiernos á ver
la habitacion que te espera;
y llevóselo al instante
á las oscuras cabernas.
Vió una cama muy colgada
de zapos y de culebras,
toda llena de asadores
ardiendo en vivas pavesas,
y le dijo: aquesta cama
para tí la tienes hecha,
si no te vuelves á Dios,
dejando esa infame secta;
y advierte que esa señora,
que en la mazmorra está puesta,
es tu muger, y tu hijo
es el que en lugar de bestia
tienes atado en la noria;
y para que no se pierda
tu alma, vine á traerte
donde el desengaño veas,
y mira que soy Antonio,
trata luego de la enmienda.
Volvióle pues á su cama,
desapareció, y despierta
el renegado temblando,
lleno de espanto y de pena,
y vistiéndose al instante,
sin que la turca lo sienta,
fue derecho á la mazmorra,
abrióla, y entrando en ella,
dijo á su esposa: cristiana,
por Dios y su Madre bella
te suplico que me digas
tu propio nombre y tu tierra.
Respondióle muy humilde:
Toledo es mi patria mesma,

ciudad ilustre en España,
mi nombre es Doña Josefa
Beltran, por mi señor padre,
y por mi madre Ríbera:
casé con un caballero
de muy grande descendencia,
llamado Don Juan Rosique,
que es causa de mi tristeza,
pues ha mas de siete años
que salimos de mi tierra,
mi esposo, yo y este hijo
que tienes puesto en cadenas;
y despues de estar en Cádiz,
mandó nuestro Rey que fuera
por Gobernador á Indias
mi esposo (qué grande pena!)
y por no saber mas de él,
embarcarnos nos fue fuerza,
y pues tú nos cautivaste
el cielo me dé paciencia.
El renegado que escucha,
cayó desmayado en tierra,
y despues que volvió en sí,
le pidió con todas veras
perdon á su amada esposa,
y su suceso le cuenta,
quitándole las prisiones
en la mazmorra la deja,
encargándola el secreto,
y á su aposento dió vuelta.
Por la mañana á la turca,
con palabras placenteras,
dijo: sabrás bella Zayda,
que he dispuesto una merienda
en el nombre de Mahoma,
para que tú te diviertas,
y esto ha de ser en el mar
en su costa en una cueva,
y al cristiano y la cristiana
tambien llevarlos quisiera,
para ver si en fiesta tal
volverlos moros pudiera.
La turca le respondió
muy alegre y muy risueña:
pues prevendrás la fragata,
y avisarás cuando quieras.
Audalá mandó á los moros

la fragata compusieran:
recogió el oro y la plata,
diamantes, joyas y perlas,
buscando treinta cristianos
para que remando fueran,
y hasta diez y siete moros
en su compañía lleva.
En aquella misma tarde
se embarcan, saliendo afuera,
y acercándose á la playa
saltaron todos en tierra:
todos juntos merendaron
los manjares que allí llevan,
dando á beber á los turcos
hasta que turbados quedan.
Asi que los vió tendidos,
cortándoles las cabezas,
se volvieron á embarcar,
navegando á remo y vela.
La turca dijo: Audalá,
qué novedades son estas?
Y Don Juan le respondió:
que nos vamos á mi tierra,
que soy cristiano y pretendo
que mi alma no se pierda,
y si quieres ser cristiana,
aquí tienes tus riquezas.
La turca, desesperada,
sin aguardar mas respuesta,
dando grandes alaridos,
se araña y se desmelená,
y furiosa al mar se arroja,
donde sepultada queda.
Prosiguieron su viaje
Don Juan y Doña Josefa,
y en pocos dias llegaron
á las Islas de Cerdeña,
y Don Juan se pasó á Roma,
y á su Santidad le cuenta
todo el caso referido,
y la absolucion le echa;
y con su esposa y su hijo
se volvieron á su tierra,
donde se hizo á San Antonio
una muy solemne fiesta,
viviendo de allí adelante
con gran gusto y complacencia.

F I N.

Valencia; Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18.